

tamoanchan



Lunes 05 de julio

"UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL", CENTRO INAH MORELOS

Calchiuitlicue

La Diosa del Agua

NOTA INTRODUCTORIA: En los meses de 1889 a 1890 se efectuó el traslado de un monolito que provenía de la población de Teotihuacán llamado La Diosa del Agua efectuado por Leopoldo Batres, Inspector y Conservador de los Monumentos Arqueológicos de la República. Esto motivó crónicas, discusiones y alegatos proporcionados por el hecho mismo de una hazaña de ingeniería, pues la pieza pesaba 22 toneladas y había que desenterrar, llevar a la estación de ferrocarril de las pirámides y trasladar a la ciudad de México, avanzar 3 kilómetros, hasta llegar al Museo Nacional. Nada más que esos tres mil metros había que hacerlos con el cuidado y con las posibilidades económicas que no eran muchas. El inspector hacía alarde de su pericia y de habilidad, de sus contactos y por consiguiente lograba la publicidad extra, que él consideraba necesaria. Este artículo es una crónica escrita por el mismo inspector y firmada anónimamente como el Reporter. Les presentamos la larga crónica que coincide con el trayecto de la diosa y la gran vanidad de Leopoldo Batres.

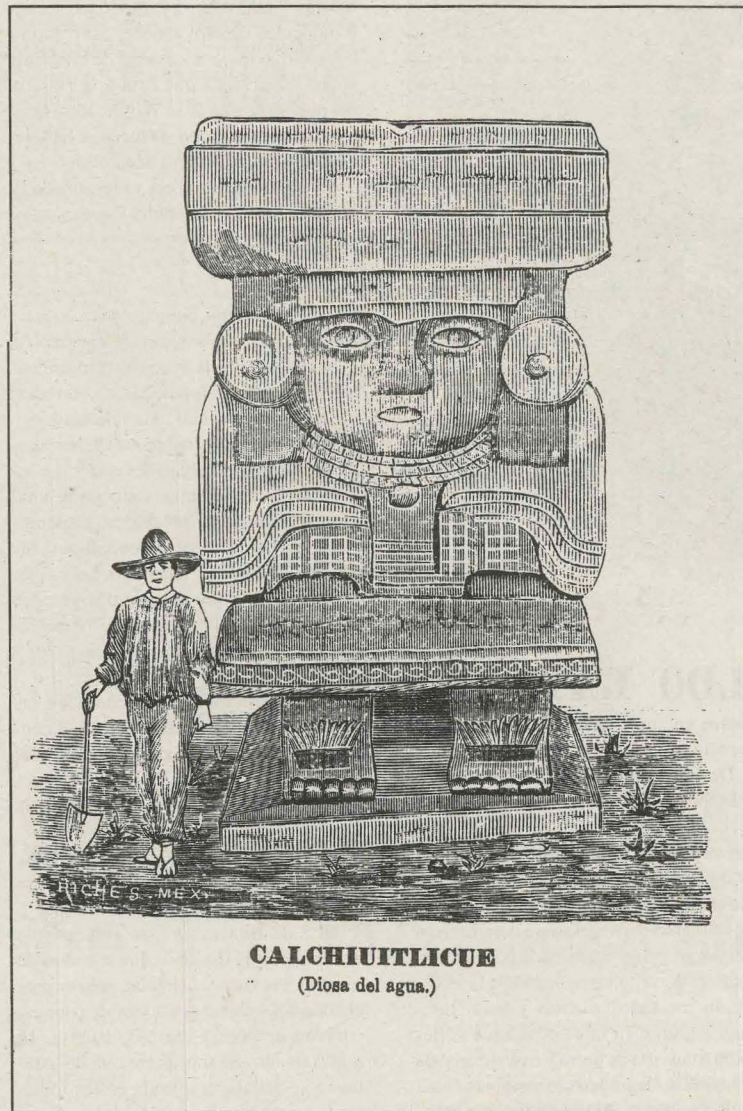
(Elvira Pruneda. Centro INAH-Morelos)

CALCHIUITLICUE

(La Diosa del Agua)

HISTORIA DE UNA TRASLACION NOTAS DEL REPORTER.

En los momentos en que estas líneas aparecen, el gigantesco monolito que durante algunos días ha preocupado la atención de el público curioso, está próximo a llegar al Museo Nacional. La empresa no ha carecido de riesgos, ni se ha visto exenta de fatigas, y de ella vamos a dar exacta cuenta a los lectores del El Universal -a quienes a la par ofrecemos las veras efigies de la diosa y su translator el señor Batres- ya que, se ha dicho en conciencia, la oportunidad de que siem-



CALCHIUITLICUE

(Diosa del agua.)

pre hemos sido esclavos, nos reclama el cumplimiento de una obligación contraída con nuestros lectores; y el asunto de la diosa no puede ser, en estos momentos, más oportuno.

No intentaremos demostrar si Chalchiuitlicue permaneció dos mil años sepultada entre el humus de la gran ciudad tolteca, la cual, casó de comprobarse arrojaría inmensa luz sobre la antigüedad de las razas aborígenes; tampoco discutiremos si es la diosa de las aguas o la de las tempestades, ni si su lectura acusa la manos de tal o cual pueblo de los muchos que colonizaron el Anáhuac; nada de eso: la ciencia de Champollion y Quatrefages es ignorada por el reporter, que ni siquiera de vista conoce a esa vestusta señora que se llama la arqueología y por lo mismo en estas simples notas al velo, nos limitamos a decir al público profano como nosotros en asunto de este linaje, lo que pueda interesarle acerca de la translación de la famosa Chalchiuitlicue.

¿De dónde procede? ¿Quién fue el Fidias que dió vida a esa gigantesca creación? El reporter lo ignora y en este punto no creemos que los arqueólogos estén más aventajados que el reporter.

Lo que se sabe a ciencia cierta es que los indios más antiguos del lugar en que yaciera la diosa, no conservan ni siquiera remota memoria de cuándo fué descubierta la piedra. ¿Existió allí algún templo? ¿La estatua fué derribada por la mano del hombre, ó estatua y templo «a su gran pesadumbre se rindieron?» ¿Quién podrá decirlo! Lo que de antaño no se ignoraba entre los habitantes de Teotihuacán y pueblos comarcanos, era que en terrenos del pueblo de San Martín, distrito de Otumba -lugar donde fué descubierta la estatua- existía una gran piedra que por su forma rectangular y por

Fotografía de Emiliano Melgar.

ofrecer cómodo sitio para las comidas campestres, había recibido el nombre de piedra de la mesa.

Allí se congregaban los amigos que deseaban celebrar fraternales agapes; allí más de una vez corrió el espumoso licor y no pocas se celebró el natalicio de alguien ó se bebió por á presperidad de algún reciente matrimonio.

Nadie sospechaba que al sentarse en torno de la improvisada mesa, se hallaba cerca de un monumento que atestiguaba la civilización de los que un día fueron señores del Anáhuac!

¡Quién sabe cuánto tiempo permaneció la diosa destinada á aquellos usos! Acostada horizontalmente, con la cara vuelta hácia la tierra, no era presumible creer que aquella masa de tersa superficie, encerraba un verdadero tesoro para los amantes de buscar en las páginas de piedra de las antiguas civilizaciones, las viejas historias de un pueblo muerto.



EL SR. D. LEOPOLDO BATRES,

Llegó el año de 1885. Maximiliano deseoso de conocer las antigüedades diseminadas en el país, hizo una visita a san Juan Teotihuacán, la ciudad sagrada de los toltecas; vistó la «Metztli Itzácuatl» (pirámide de la luna), la «Tonatiuh Itzácuatl» (pirámide del sol), la Ciudadela, la magestuosa «Miccautli» ó calle de los muertos, y por último, deseo conocer la «Piedra de la Mesa,» de la que había oído hablar.

Creyendo, y con razón, que en un lugar donde tanto abundaban los monumentos, aquel bloc no podía ser una piedra aislada y abandonada allí sin objeto, resolvió se practicase un estudio concienzudo acerca de ella, y al efecto nombró

una comisión compuesta de varias entendidas personas, entre las que figuraban el ingeniero Almaraz, de Pachuca, como presidente, y el conocido geógrafo D. Antonio García Cubas.

El primer trabajo de los comisionados fué poner de pié la enorme pirámide de base rectangular (un paralelepípedo perfecto que constituía el monolito.) Al colocarlo en posición vertical descubrieron que la cara interna, la que descansaba en tierra, se hallaba primorosamente esculpida, representando la figura de una mujer.

Maravillados con su descubrimiento dieron parte de él a Maximiliano, quien ordenó fuese traído el monilito á México, para lo cual se formó el presupuesto respectivo que importaba \$8,000 siendo necesario además el concurso de la tropa para las excavaciones, apertura del camino etc., etc. El proyecto de translación no pudo realizarse, debido a la situación

porque en aquel momento atravesaba el imperio.

De entonces acá la piedra permaneció abandonada. Los indigenas del lugar, sea por el respeto supersticioso que aun conservan á sus antiguos ídolos, sea porque no quisiesen desprenderse de la piedra que para ellos representa una tradición, pretendieron derribarla para dejarla en su antigua posición y pudiendo conseguirlo trataron de sepultarla llenando la excavación con tierra, piedras y lodo. Tampoco lograron su intento, aunque sí llegaron á cubrirla de tierra y cascajo en toda su longitud, dejando sólo visible la cabeza de la estatua. Así continuó por espacio de muchos años, hasta que en Agosto

del año anterior -el día 15- el Sr. D. Leopoldo Batres, inspector y conservador de los monumentos arqueológicos de la República, que de tiempo atrás venía gestionando la translación del monumento, fué autorizado por el señor Baranda, ministro de Justicia de acuerdo con el señor Presidente, para efectuar la citada translación.

Inmediatamente puso manos a la obra.

La 4. compañía del primer Batallón de Artilleros fué puesta á las órdenes del inspector para los trabajos de zapa que hubiesen de efectuarse. Los artilleros procedieron el día 23 á desembarzar á la estatua de la tierra y piedras que la cubrían, operación que sin embargo de ofrecer dificultades, por tener que cavar más de 14 varas de profundidad, quedó terminada el 27 del mismo mes.

Descubierta la diosa se ocupó el inspector, ayudado de los artilleros, en trazas y abrir el camino por donde debía ser conducida la piedra. La vía, tuvo de extensión 7,600 metros y quedó terminada á mediados de Noviembre, así como el puente que hubo necesidad de construir sobre la barranca que está á la entrada del pueblo de San Juan Teotihuacán, pues como dejamos dicho, la diosa se hallaba en San Martín, distrito de Otumba.

El 16 de Noviembre, ya terminada la apertura de la vía, procedió Batres á acostar la piedra para transportarla en esa forma á la capital.

La maniobra era difícil y peligrosa por tener la piedra dos grandes cuarteaduras; no obstante todo esto, en el término de cinco horas y con la ayuda de 60 durmientes, 2 gatos de 15 toneladas y 4 puntales, quedó terminada con toda felicidad.

Puesta ya la piedra en sentido horizontal fué colocada debajo del carro que todos en México hemos visto y del cual nuestro grabado da cabal idea, suspendida de los puentes del treenkboll por seis cadenas, izada convenientemente y sujeta por su parte inferior por dos grandes trozas de madera de encino de 16 pulgadas que á la vez le servían de soporte y de defensa.

Las trozas fueron colocadas en las extremidades del monolito y en el centro, paralelo á ellas un riel reforzado. Las trozas, tenían por objeto evitar á la piedra un choque demasiado brusco, -dada la poca altura á que se hallaban del suelo,- aun en el caso de que, como sucedió, se desgranasen las ruedas ú ocurriese cualquier otro accidente.

El 2 de Diciembre listo enteramente el carro con la diosa se dió la orden de marcha. Previamente habían sido enganchadas del vehículo, 30 murales del escudrón del tren y carro de batería, 16 mulas de otro de transporte que de antemano se hallaba empleada en los trabajos y cuatro bueyes que debían sostener la lanza.

Se azuzó á los cincuenta animales, quisieron hacer tiro, y con su esfuerzo lo único que lograron fué reventar los palotes, maromas y cadenas: ¡la piedra permaneció inmóvil! Viendo que era inútil todo esfuerzo para mover á la diosa por este medio, se prescindió de él y se apeló á la combinación de poleas y así se logró emprender la marcha.

A los mil metros acudió el primer accidente: una de las ruedas delanteras, pues el vehículo constaba de cuatro- se desgranó reventándose además un cable que lastimó á un cabo (Robleda) y á un artillero. Afortunadamente el golpe no fué de consecuencias; los dos contusos á los cuatro día había vuelto al servicio.

Al llegar el monolito frente al río de San Juan el Sr. Batres. Consultó á la Secretaría de Fomento si podría soportar el puente el peso enorme de aquel. La contestación de la Secretaría fué negativa: el puente resiste á lo sumo, en el riñón de sus arcos, 8 toneladas y como la piedra pesa 20 corría gran riesgo de hundirse.

Batres no retrocedió ante esta dificultad; atravesó el río con la piedra y no obstante haber cuarenta metros de una á otra ribera el paso se efectuó en día y medio.

Vencido este obstáculo la diosa prosiguió su marcha á San Juan Teotihuacán llegando á la estación el 28 de Febrero último. Ya la esperaban allí 3 plataformas, procediendo á maniobras que sirvieron para el puente echado sobre la barranca, dos furgones para los gatos y los cables y una gran plataforma debidamente reforzada que estaba destinada para transportar á la diosa.

El 10. de Marzo procedióse a subir á la diosa á la plataforma, operación dificultosísima para la cual se hizo uso de un plano inclinado y que consumió la mayor parte del día, quedando ya en la noche debidamente instalada la piedra.

El día 2, a las 7 y media de la mañana salió de esta capital para Teotihuacán un tren extraordinario compuesto de un furgón, un carro de tercera para la tropa, y un wagón especial en que iban el Sr. Batres y el Sr. Couto, ingeniero del F.C. Mexicano. La locomotora fué conducida por el señor Chipp, jefe de los talleres mecánicos de aquel ferrocarril y designado para este servicio por la empresa como el más apto y experimentado de sus empleados. El tren llegó á la ciudad de los dioses á las 8 y media de la mañana.

A las 11 se puso en marcha el convoy llegando sin el menor contratiempo á la estación de esta ciudad á la 1 de la tarde. Allí se procedió á bajar á la diosa con las mismas precauciones guardadas en Teotihuacán y finalmente el 17 de Marzo se puso en marcha para el Museo Nacional.

(Fin de la primera parte)

La conservación de elementos arquitectónicos arqueológicos

Química Beatriz Sandoval Zarauz
Investigadora del Centro INAH - Morelos

Las técnicas de construcción de muros con tierra ya sea con adobe, apisonados, bajareque, o bolas de barro, se remontan como todos sabemos, a las primeras época del hombre, por ser uno de los materiales que tuvo más a la mano.

Curiosamente muchas personas en nuestro país ignoran la existencia de uso de la tierra como material constructivo en época prehispánica, debido quizá, a que son pocos los sitios en donde aún quedan restos de esos elementos, que casi siempre estuvieron adosados a otros construidos en piedra y que permanecen gracias al hecho de haber estado aislados y cubiertos por el escombros por tanto protegidos de la humedad y de la erosión. Es claro que por su naturaleza los elementos en tierra desaparecieron en un tiempo relativamente más corto con respecto a muros de piedra, de los cuales, aún en casos extremos de destrucción, al menos quedan rastros de ellos.

Poco se sabe que tanto en el mundo prehispánico como colonial y aún en la actualidad, en nuestro país fue generalizado el uso de la tierra para hacer la unión de la piedra a manera de argamasa y que, para proteger estas uniones, se repellaban los muros con enlucidos de cal apagada y arena

Son innumerables los sitios en el mundo en donde desde siempre se construyó en tierra y todavía en nuestros días, aún si la tendencia es a ya no hacerlo, existen lugares como Marruecos o en nuestro propio México en donde se sigue construyendo con este material.

El agua, elemento sin el cual, paradójicamente no es posible elaborar una

construcción de tierra, una vez que ha cumplido con su función de aglutinante, y sale de aquella, se convierte en el principal enemigo de este tipo de construcciones si se presenta en cualquiera de sus formas físicas sobre ellas.

Por todo lo anterior, es claro que para que persista una estructura construida con tierra, deben y debieron existir ciertas condiciones fundamentales: debido a la debilidad estructural del material, los

se sitúe el inmueble debe tener drenaje adecuado, o bien aislarlo de el piso; contar con una buena y eficiente techumbre y proporcionarles a las superficies de los muros una capa de protección que evitará, precisamente, la disgregación del material térreo por acción de los agentes ambientales. Esta capa de protección se convierte así, en la «piel» de esa construcción de muros delicados. Sin embargo y aún cuando se cumplan todas esas

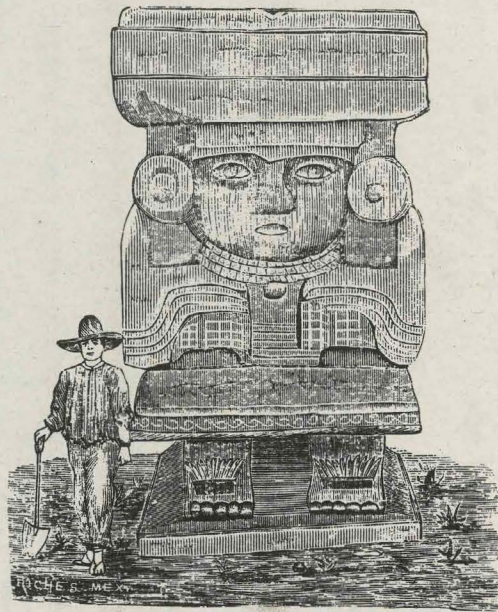
de un edificio está en uso, mantenimiento y en este caso, con mayor dedicación.

Pero estamos aquí tratando de la conservación de restos de edificios antiguos, producto de descubrimientos arqueológicos, restos de un sistema que se encuentra ya trunco. Restos en los cuales, generalmente, ya no se cumple con ninguna de las condiciones fundamentales de las que hemos dicho evitarían la destrucción de las construcciones elaboradas con tierra. Tratamos con lo que permaneció, lo que quedó al destruirse un inmueble. Por esto, quien se enfrente al problema de la salvaguarda de este tipo de bienes, se encontrará con serias dificultades para resolverlo. Tendrá que saber cómo hacer perdurar el bien en cuestión, incidiendo en él con procedimientos que sean reversibles, pero sin cambiar su aspecto y naturaleza. También tendrá que resolver cómo estéticamente lo presentará una vez tratado, para que se exitosa la intervención, tanto desde el punto de vista de utilidad para el estudio de arqueología, del impacto en el visitante común, así como en términos de costos e inversión de trabajo.

En otras ocasiones hemos expuesto nuestras experiencias y resultados con este tipo de materiales, tanto en campo como en laboratorio, experiencias que nos han llevado a ciertas conclusiones, de las que haremos un resumen.

Es obvio que las respuestas de conservación van a responder a los diferentes casos que pueden presentarse, tenemos un buen ejemplo en la zona arqueológica de Paquimé.

Paquimé fue una ciudad construida



muros tienen que ser gruesos; por esa misma razón los vanos deben estar alejados de las esquinas; el terreno donde

condiciones, este organismo es frágil y si se quiere que persista en el tiempo habrá que darle, como siempre se da cuan-

tamoanchán

UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL

número 132

Es un suplemento semanal editado por

EiRegional
del sur morelos

INAH
MORELOS

Información, sugerencias o publicidad: Avenida Lázaro Cárdenas #494, Col. Jiquilpan, 62170, en Cuernavaca. Tel. (7) 313•28•93
E mail: elregional@mexico.com

CENTRO INAH MORELOS

Matamoros No. 14, Col. Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos.
Tels. (7) 312•59•55 / 312•31•08
E mail: cimor@mor1.telmex.net.mx

Eolo Ernesto Pacheco Rodríguez
Director General

Arq. Heladio Rafael Gutiérrez
Coordinación del suplemento
Tamoanchan (INAH)

Antrop. Víctor Hugo Valencia V.
Director Centro INAH Morelos
Rest. Teresita Loera Cabeza de Vaca
Subdirectora Técnica - Académica
Lic. José Miguel Rueda de la Peña
Difusión

toda con tierra. Los que fueron una vez espacios habitados hoy son sólo muros trancos, pero de alturas considerables. Al observarla, perfectamente podemos leer, como en un plano, la distribución interna y externa de sus edificios, las relaciones entre ellos, sus materiales, las posibles alturas de sus techos, en fin, podemos comprender el sistema constructivo del conjunto. También en Paquimé existen otros lugares en donde tan sólo ha quedado el nacimiento de lo que fue un muro pero quizá con pintura mural sobre él, o sin ella pero importante como dato arqueológico.

En ambos tipos de muros las diferencias saltan a la vista. Los dos merecen, conservarse, y la solución será diferente en cada caso. Manejamos soluciones y conceptos que absolutamente no son nuevos. Nos precedieron ya, numerosas personas que tuvieron en sus manos muy directamente el problema y al cual en su momento dieron solución. Gracias a sus aciertos y errores, hoy podemos tener sitios como Paquimé. Recordemos aquí a Eduardo Contreras y a Cesar Sáens.

De los posibles caminos de solución para proteger un elemento de construcción de origen arqueológico y fabricado en tierra, encontramos que principalmente son cuatro los cambios que han tomado numerosos estudios dedicados al tema:

1. Reenterrar. Una vez que han sido perfectamente registrados los bienes

2. Techar, proteger del viento y drenar el suelo. Encontrando la forma de no crear microclimas dañinos en las estructuras, implantándolas de manera adecuada, para no dañarlas.

3. Revestir con capas de protección. Lo cual puede considerarse como la restitución de un elemento perdido. Cuidando al mismo tiempo el drenado del suelo.

4. Consolidar. Impregnando con diferentes materiales el resto arqueológico para hacerlo resistente al embate de los elementos.

Es obvio que igualmente pueden combinarse cualesquiera de las soluciones entre ellas.

Después de analizar cada una de estas posibles soluciones, es nuestra opinión, que la primera opción, reenterrar sería la mejor de las cuatro, pero estamos conscientes de que no siempre es posible por diferentes razones, y que son las de carácter político las que mayormente inciden en la decisión final.

Sabemos que si bien el reenterramiento no detiene el deterioro, sí lo retarda en modo significativo, al establecer un ambiente estable en esta matriz restituida.

La segunda, techar, es muy adecuada y eficaz, siempre y cuando las dimensiones de los bienes a tratar lo permitan. Aquí se argumenta siempre la fealdad de

los techos, la perturbación estética y en ocasiones estructural que producen, problema que pensamos, con imaginación es posible resolver.

La tercera, revestir, en parte soluciona los casos en los que ninguna de las dos opciones anteriores sea viable. Pero aquí habrá que trabajar aún mucho para afinar los acabados de los recubrimientos, pues es obvio que aún haciendo uso de técnicas y materiales propios del sitio tratado, no siempre se logra un aspecto ideal que cumpla con lo que antes mencionamos, es decir que le bien mostrado aparte de estar a salvo sea de utilidad para el estudioso, así como para el visitante común y que en términos de costos como de inversión y de trabajo sea posible.

miento, y si lo logramos, sólo lograremos cambiar su naturaleza. Considero imposible transformar casi en piedra adobes o tapias y pretender que su aspecto siga siendo el mismo, sin contar además con los problemas propios que acarreará la degradación en muchos casos de los materiales que habremos agregado.

Pero me pregunto ¿Debemos conservar y mostrar toda las áreas de un sitio que se excava?, o una vez obtenida la información arqueológica y habiendo documentado minuciosamente el lugar, la solución indicada es reenterrar el resto sobre todo en el caso de materiales de tierra?

Si un sitio ha de abrirse al público, ¿no debería elegirse una sección de todo el conjunto para mostrarse y no enfren-

esto, pero en realidad, por desgracia y por razones que todos conocemos, existe un abismo muy grande entre el consenso y la práctica.

Los recursos económicos en el caso de nuestro país no permitirán nunca, que cada zona o sitio arqueológico descubierto de los miles, que cada zona o sitio arqueológico descubierto de los miles que tenemos, cuente con un presupuesto anual que esté dedicado al mantenimiento de las mismas. Lo que nos lleva a insistir en que cualquier intervención de protección que se implemente deberá cumplir su función por un periodo al menos de cinco años, pues son desgraciadamente en México los sexenios el marco de referencia para que haya o no



EL SR. D. LEOPOLDO BATRES,

Es en la cuarta opción, la consolidación de los muros por impregnación de substancias, -sobre todo las de naturaleza sintética- que den resistencia a los materiales térreos expuestos a la intemperie, donde vemos mayor problema y tendríamos objeciones. Pensamos que nunca vamos a lograr llegar a consolidar adecuadamente bloques de tierra «in situ» del tamaño de un muro verdadero, mucho menos podremos cumplir con el principio de reversibilidad en el procedi-

tarse después a enormes problemas que aún no sabemos como resolver técnica y económicamente.

La decisión de qué destino asignar a restos arqueológicos construidos en tierra, no puede o no debiera hacerse unilateralmente en este caso -arqueología-, sino en conjunto con otros especialistas -restauradores y arquitectos- por ejemplo dependiendo del fin último para el cual se excavan y liberan estos espacios. En teoría todos podemos estar de acuerdo en

presupuestos dedicados a este fin.

Termino con lo que opinan los investigadores Neville & Taylor al respecto... «Los sitios sólo deberán mostrarse si se pueden mantener debidamente, de no ser así, deberán volverse a enterrar...Esta es una opción técnica que el público también tiene que comprender.»

Y habrá que desplegar esfuerzos en el campo educativo para ayudar a esa comprensión. En esta tarea todos tenemos una parte de responsabilidad.